

¿Ves esa de allí, papi?

Sus ojos se iluminaban cada vez que caía la noche y en el cielo, se vislumbraban las estrellas.

Esa forma parte de la Osa Menor, ¿lo ves? y esa de ella de allí es la Paleta del pintor. La que está más a su derecha es la serpiente. ¿La ves? ¿Te gusta?

¿Cómo se llama esa?— dijo acomodándose en el torso de su padre, señalando una aglomeración de estrellas por encima de sus cabezas.

No creas que conozco el nombre de todas las constelaciones, cielo. — dijo con una dulce sonrisa — ¡Hay 88! Nadie es capaz de aprenderse las todas.

Un silencio más profundo que la oscuridad que los rodeaba, se filtró en ella.

Algún día las conocerás todas, Hetta. Y hasta sabrás situarlas.

¡Respira, Henrietta, respira!

Convulsionaba, no era capaz de respirar por mí misma. Tres enfermeras me rodeaban; una se dedicaba a inyectarme un líquido amarillento en el brazo izquierdo, otra apretaba una mascarilla contra mi boca, aunque no recordaba el momento en que me la habían puesto. Y la tercera corría hasta la puerta gritando algo que no oía.

Los sonidos se desvanecieron en un instante, y todo se volvió silencioso. Comencé a ver sombras, los párpados se me cerraban, mi aliento permanecía débil y de pronto sobre aquella diminuta habitación, se cernió la profunda oscuridad. Esa oscuridad, ya no era la de la habitación, sino la del cielo, aquella noche de verano, en el jardín de mi antigua casa.

Algún día las conocerás todas, Hetta.

Todo desapareció.

Un rayo de luz me despertó una tarde, de repente.

La silla, que solía estar ocupada por Dennyse, esta vez estaba vacía.

Dennyse había sido mi amiga desde siempre y pese a que después de la graduación había empezado a trabajar, se pasaba horas y horas allí sentada, en mis mejores días, conversábamos. Otros, solo permanecía a mi lado, con algún libro interesante que leer, o alguna tarea pendiente que realizar, como remendar los calcetines de su esposo.

Sin embargo, no fue eso lo que más me sorprendió.

Y es que, que el hospital estuviera en completo silencio, era sorprendente y a la vez terrorífico.

Intenté llamar a alguien, pero de mi boca no salió ningún sonido.

Lo intenté gritando más y más, hasta dolerme la garganta, pero no escuchaba nada.

De pronto, médicos, enfermeras... Todos estaban en mi habitación, presos del miedo desencadenado por los gritos que habían inundado los pasillos del hospital.

Mi desconcierto por no saber cómo me habían oído, duró poco, pues veía las bocas de los doctores moverse a toda velocidad, pero continuaba sin escuchar nada.

Quería gritar, escuchar, ponerme bien y entender qué estaba pasándome.

Entonces una enfermera, la misma que había apretado la mascarilla tan fuerte contra mi boca procurando reanimarme, me entregó un papel.

Tardé unos segundos en entornar la vista lo suficiente como para leerlo bien.

La enfermedad que tenía, había cesado, y ya estaba curada. Pero las secuelas, como se temían, habían producido una sordera total. El papel también decía que era posible que dicha sordera fuera temporal, ya que en varios pacientes se había observado que había desaparecido total o parcialmente.

En ese momento, solo recuerdo haberles pedido que llamaran a Dennyse, y que me llevaran a casa.

Durante un tiempo, las cosas marcharon mal. Fueron épocas difíciles. También para Dennyse, que comenzó a trabajar con un grupo de mujeres, llamadas “las calculadoras”, que, pese a tener los mismos estudios que los hombres del trabajo (o incluso más) se dedicaban a hacerles el trabajo “sucio”, desempeñando las tareas más mecánicas. Como aburridos cálculos y minuciosas observaciones de placas nunca variables.

Se trataba del “harén de Pickering”, un observatorio dirigido por Edward Pickering, un astrónomo de gran fama que había realizado descubrimientos de suma importancia.

Yo, guardaba reposo total desde hacía ya varios meses. No podía realizar las tareas más sencillas sola, y a veces sufría mareos incontrolables producidos por la pérdida de audición. Cuando fui recuperando los sonidos, poco a poco fui también recuperando la independencia y así fue, como a principios de 1869, el que sería mi año, comenzaría a mejorar progresivamente.

Henrietta, tienes que tomártelo con calma. Roma no se edificó en un par de días, ¿sabes?

Yo, ya vestida, me dedicaba a recoger la ropa perfectamente doblada del cajón más cercano al suelo.

Tampoco en un par de meses, y es lo que he tardado en recuperarme. Pero yo no soy Roma.— Dije con tono divertido— girándome hacia Dennyse, que me miraba atónita.

Si es por lo de anoche, no deberías hacerle caso. Él es así con todo, no entiende tu situación. De todas maneras, no pretendía dañar tus sentimientos.— Dennyse recitó como si hubiese estado ensayando toda la noche.

Deposité otro montón más de ropa en la bolsa y me dirigí hacia Dennyse. Apoyé las manos en sus hombros.

No te disgustes, Denn. Lo que pasó ayer no me hirió ni mucho menos. Y no ha sido tampoco el detonante de mi decisión. Llevo meses discapacitada, sin poder avanzar, y por fin tengo la oportunidad de hacerlo. Irme de aquí será solo el comienzo, ya lo verás.

La noche anterior, Gustav, el marido de Dennyse se había opuesto rotundamente a mi permanencia en esa casa. Dennyse estaba embarazada, y Gustav estaba convencido de que una embarazada no debería hacerse cargo de un peso semejante al que yo representaba. La discusión había culminado con la decisión de que Dennyse debía abandonar mañana mismo su puesto de trabajo y dedicarse meramente a cuidar de sí misma.

Así es, que decidí acompañar aquella mañana a Dennyse a entregar su dimisión.

Cuando llegamos, recuerdo haberme quedado helada en la puerta del laboratorio, sin saber cómo andar.

El Harén Pickering era una especie de bajo enorme, con grandes puertas de cristal, y un aspecto limpio y puro. Todas las paredes eran de un blanco nuclear, y las mujeres que allí había, vestían batas perfectamente planchadas. Conté en total 12 mujeres, 13 si contaba a Dennyse.

Me parecía un sueño hecho realidad, y no pude evitar sentir envidia por Dennyse. Habíamos acabado juntas los estudios, yo, incluso con más nota. Pero justo días después de la graduación caí enferma y desde entonces así permanecí. Sin poder hacer uso de los conocimientos tan recientemente aprendidos.

Espera aquí, voy a hablar con Edward un momento.

Edward era su superior, tan igual que Edwing. Ambos eran los responsables del Harén y de las mujeres que en el trabajaban.

Buenas noticias, señorita Leavitt.— Un señor formidable, con barba y bigote canosos y una nariz prominente que debía ser el señor Edward Pickering, se dirigió a mí— Dennyse me ha hablado terriblemente bien de usted. Tanto que si no la contratábamos nos arrepentiríamos. ¿Qué le parece empezar mañana mismo? Podemos solucionar el papeleo ahora mismo si le parece.

Me quedé en blanco, no me esperaba encontrar trabajo tan pronto y menos en un lugar que parecía estar tan lejos de mis posibilidades como ese.

No se muy bien qué decir.....

¡Di que sí!

Dennyse apareció por detrás con una sonrisa satisfecha.

Esa misma tarde, Dennyse y yo rellenamos los papeles y recibí un contrato, que sería la sustitución indefinida a Dennyse. Más tarde, Dennyse decidiría dejar por completo el trabajo para dedicarse, enteramente, a su hijo, como muchas mujeres hacían.

Me hospedé en un apartamento de menos de 80 metros cuadrados y comencé mi incansable trabajo en el Harén de Pickering junto con otras 12 mujeres de condiciones semejantes.

Allí conocí a Alice, Willalmina, y muchas otras que serían conocidas, como: “las calculadoras”.

Y, pese a trabajar 6 días a la semana, 7 horas cada día y a cobrar solo 25 centavos a la hora, me sentía bien. Trabajaba, no era una carga inútil, era independiente, y estaba más cerca que nunca de ellas, las estrellas.

Guardad filas.

La primera vez que lo había escuchado, me había parecido hasta gracioso. Guarden filas, como los soldados.

Nos colocamos en dos filas, yo, en la de atrás.

Nos reunían casi siempre. Al principio semanalmente, pero últimamente casi diariamente.

Era una manera civilizada y organizada de controlar si el trabajo se desempeñaba correctamente.

Poco a poco, las condiciones a las que éramos sometidas, las otras 13 mujeres, no resultaban tan maravillosas como me habían parecido en un principio.

Cobrábamos poco, realizábamos tareas por debajo de nuestras posibilidades, y además de tener poco reconocimiento, el poco al que podíamos optar, era atribuido a nuestros supervisores: los hombres. Y allí entraba en juego Edward Pickering.

Con su gran sonrisa, su perfecta apariencia, sus promesas, sus cumplidos... Todo formaba parte de su estrategia. Alice, Willelmina, Natasha, yo..., todas nosotras, habíamos realizado importantes contribuciones a la astronomía. Todas nosotras habíamos sido engañadas por el mismo hombre.

Dime, ¿Qué te esperabas?. ¿Fama? ¿Dinero? ¡Insensata! ¡Eres mujer! Apártate y deja el camino para otros.

Aún recuerdo el altercado que habíamos tenido. Si antes tenía dudas, aquel día, Edward me dejó claras sus intenciones y su modus operandi.

Me había pasado horas, días, incansables semanas, en mi despacho, como el resto de mujeres, realizando esos cálculos inútiles, observando las mismas placas. Me sentía despreciada, subestimada. Pero mi ambición pudo más, y lo que crecía dentro de mí, la curiosidad, no pudo frenarse. Acabé metiéndome en un campo de estudio desconocido. Era joven, y la curiosidad podía conmigo.

Y en la observación de aquellas placas aburridas, repetitivas, que analizaba diariamente, observé cierto patrón en el comportamiento de un tipo de estrellas variables : Las cefeidas.

De las 88 constelaciones que me sabía, eran las cefeidas: las de la constelación de Cefeo.

Así que ese año, 1912, armándome de ambición escribí mi ensayo. No duraba más de 3 páginas y me llevó 5 noches acabarlo.

Pero como dije, era joven, y aún movida por impulsos, cometí la osadía de hacer que mi supervisor, Edward, lo leyera antes de enviarlo.

Por su puesto, el documento aún existe. Está firmado por Edward Pickering, y en la primera línea se lee: Preparado por Sta. Leavitt.

Mi objetivo de esta carta, no es incriminar únicamente al señor Pickering, ni tampoco a su compañero, Edwing Hubble.

El con el cáncer me ha acercado estos últimos días a mi recta final, y estoy segura de que no es el odio o el rencor lo que me mueve.

Es el hecho de sentirme impotente, cansada, harta.

He venido a este mundo de la misma manera que lo abandono; siendo mujer. Y esto ha supuesto grandes cargas, como prejuicios, discriminaciones, falta de oportunidades... Me han negado cosas tan importantes y cercanas como el cielo y las estrellas.

Los hombres que me rodeaban, siempre han querido más reconocimiento, más dinero, más cosas materiales.

Yo, solo he pedido una cosa, y se me ha negado por ser mujer: el cielo.

Las estrellas, las 88 constelaciones cuyo nombre que un día prometí a mi padre aprender.

Si, papá, me las aprendí. Pero, mi nombre jamás será recordado, y mis descubrimientos morirán para siempre, por haber nacido mujer.

Henrietta Leavitt jamás recibió tal reconocimiento en vida. No fue hasta años más tarde, cuando fué propuesta para un nobel, tras descubrir las hazañas de Pickering.

Cuando esto sucedió, Henrietta llevaba muerta 3 años a causa de cáncer.

Ana Vázquez